

PARTE II. encontraron una resistencia que los desalentó en gran manera, y en lugar de intentar proseguir sus ventajas, se retiraron aquella misma tarde á su campamento, situado á la otra parte del rio. El mal tiempo que continuaba sin cesar, habia inutilizado los caminos y convertido el terreno en un pantano, en el que no podian revolverse los caballos, y menos la artillería, en que los franceses tenian su mayor confianza, al paso que no ofrecia proporcionalmente grandes obstáculos para las maniobras de la infantería, que era la fuerza principal de los españoles. Por estas circunstancias, el general frances resolvió no volver á tomar la ofensiva, hasta que, mejorado el tiempo y compuestos los caminos, pudiera hacerlo con ventajas. Entretanto mandó construir un reducto en el extremo del puente hácia la parte de los españoles, y colocó en él un cuerpo de tropas, á fin de tener asegurado el paso para cuando lo necesitara ²⁴.

Ansiedad de Italia.

Mientras los ejércitos enemigos se hallaban de esta manera frente á frente, toda Italia tenia fijos los ojos en ellos, esperando con ansia y sobresalto la batalla que iba á decidir por último de la suerte de Nápoles. Del campo frances se despachaban todos los dias espresos á Roma, desde donde los ministros de las diferentes potencias europeas trasmitian á sus respectivos gobiernos las noticias que llegaban. Allí residia por entonces Maquiavelo, como representante de la república de Florencia en la corte pontificia, y su correspondencia está llena de tantos rumores y conjeturas vagas como una gaceta de nuestros tiempos. Habitaban en aquella ciudad muchos franceses con quienes el ministro tenia relaciones personales, y muchas veces refiere lo que éstos pensaban acerca de la guerra. Parece que llenos de confianza esperaban el triunfo de sus armas, apenas el ejército frances llegara á divisar al de España; pero la vista mas serena y perspicaz del Florentino descubria, en la condieion y clase de los dos ejércitos, señales de que el resultado pudiera ser muy diverso ²⁵.

²⁴ Guicciardini, Isteria, lib. 6, páginas 327, 328.—Giovio, Vita Illustrum Virorum, folio 262.—Machiavelli, Legazione Prima a Roma, let. 29.—Garnier, Hist. de France, t. v, pp. 443-445.

²⁵ Legazione Prima a Roma, let. 9, 10, 18.

Desde el principio de las hostilidades manifestaban ya los franceses esta confianza. Habiendo espresado uno de ellos á Suarez, el ministro de Castilla en Venecia, que el mariscal de la Tremouille decia "que daría veinte mil ducados por encontrar á Gonzalo de Córdoba en los

Parecia en efecto evidente que la victoria se declararia por el que fuera mas capaz de soportar las penalidades y privaciones de su situación. El lugar que ocupaban los españoles era menos ventajoso que el de sus enemigos. El Gran Capitan, poco despues del combate del puente, habia llevado sus tropas á un terreno un poco elevado, como á una milla del rio, que estaba coronado por el pueblo de Cintura y dominaba el camino de Nápoles. Delante de su campo hizo abrir una profunda trinchera, que con la humedad del terreno se llenó muy pronto de agua, y la fortificó en los dos extremos con un fuerte reducto. Atrincherado de esta manera, resolvió aguardar con paciencia los movimientos del enemigo.

Entretanto la situacion del ejército era en verdad deplorable. Los que ocupaban el terreno mas bajo estaban metidos en agua y lodo hasta las rodillas, pues las grandes lluvias y las inundaciones del Garillano habian convertido todo el país en un lodazal, ó mas bien verdadero pantano. El único modo de sostenerse los soldados era cubriendo el terreno con ramas y haces de arbustos, y aun no era seguro que pudiera servirles por mucho tiempo este medio contra las aguas que crecian. Casi no se hallaban en mejor disposicion los que ocupaban el terreno mas elevado, porque los turbiones de agua y nieve que habian caido por muchas semanas sin interrupcion habian penetrado en las frágiles tiendas y miseras chozas, cubiertas solo de ramas, que levantaron para refugiarse algun tanto. Para aumento de males, las tropas se hallaban muy mal alimentadas, por la dificultad de encontrar recursos en los paises devastados y despoblados en donde habian establecido sus reales ²⁶. Estaban tambien sin pagas, por el descuido ó acaso pobreza del rey Fernando, cuyos míseros envíos á su general esponian á éste, entre otros inconvenientes, al grave peligro de que se le rebelaran los soldados, y especialmente los mer-

llanos de Viterbo," el español le replicó muy oportunamente: "Nemours hubiera dado dos veces mas por no encontrarle en Ceriñola." Zurita, Anales, t. v, lib. 5, cap. 36.

²⁶ Aquel terreno estéril y despoblado no podia ser muy estenso, porque

caia en la Campania Felix, junto á las cultivadas llanuras de Sessa, la montaña Massicana y los campos Falernianos, nombres que suscitan tales recuerdos, que no podrán ser olvidados en tanto que se tengan en precio la buena poesía y el buen vino.

CAP. XIV.
Gonzalo fortifica su campo.

Grandes padecimientos del ejército.

PARTE II. cenarios extranjeros: peligro que solo la delicada y prudente conducta del caudillo pudo hacer que no se realizara ²⁷.

Firmeza de Gonzalo.

En estas difíciles circunstancias, Gonzalo conservaba su ordinaria tranquilidad de espíritu, y aun la alegría y confianza que es tan indispensable en un caudillo que ha de infundir valor en el corazón de sus soldados. Tomaba parte con ellos en sus trabajos, se hacía lugar en su corazón, y lejos de eximirse por su clase de las fatigas y padecimientos, alternaba en los más humildes servicios con cualquiera de su ejército, entrando, según se dice, de centinela en más de un caso. Y sobre todo, desplegó aquella inflexible constancia con que un hombre animoso, en la hora de la desgracia y del peligro, sabe infundir valor y aliento en todos los que le rodean. De ello dió entonces un ejemplo señalado.

Notable ejemplo de su carácter.

La deplorable situación del ejército, que no había ninguna esperanza de que cesara, hizo nacer en muchos de los oficiales un temor, muy natural, de que ya que no produjera una rebelión abierta, al menos abatiría el ánimo y las fuerzas de los soldados. Por esta razón muchos de aquellos, y entre los demás Mendoza y los dos Colonas, se presentaron al general en jefe, y manifestándole con franqueza sus recelos, le suplicaron que levantara el campo y se retirara á Capua, donde las tropas hallarían buenos cuarteles, á lo menos en tanto que pasara lo más recio de la estación. Decíanle también que hasta que mejorara el tiempo no había que temer ningún movimiento de parte de los franceses. Pero Gonzalo conocía cuán importante era llegar á las manos con el enemigo antes de que saliese á terreno despejado, para que pudiera consentir en aventurarse á contingencias tan precarias, además que desconfiaba del efecto que podría producir en el espíritu de su ejército semejante movimiento de retirada. Había determinado la conducta que debía observar después de la más dura deliberación; y así es que habiendo oído con toda paciencia á sus oficiales, luego que concluyeron, les contestó con estas lacónicas y me-

²⁷ Mariana, Historia de España, libro 28, cap. 5.—Gucciardini, Istoria, t. 1, lib. 6, p. 328.—Machiavelli, Legazione Prima a Roma, let. 44.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 22.—Crónica del Gran Capitan, capítulo 107, 108.—Tén-

gase presente que las conquistas de Nápoles se emprendieron exclusivamente en favor de la corona de Aragón, cuyas rentas eran mucho más reducidas que las de Castilla.

morables palabras: "El bien del estado exige que nos sostengamos en esta posición, y creed que antes daría dos pasos adelante aunque me hubiera de costar la vida, que retroceder uno por vivir cien años." El tono resuelto con que les contestó fué bastante para que no volvieran á hablarle de este asunto ²⁸.

En toda la vida de Gonzalo se hallará un acto que demuestre más que éste la admirable entereza de su carácter. Viendo á sus leales soldados morir á su alrededor, cuando una sola palabra suya podía librarlos de todos sus padecimientos, se abstenía de pronunciarla, fiel á lo que consideraba como imperioso deber; y lo hacía así bajo su sola responsabilidad, y en oposición á las súplicas y dictámenes de los oficiales de su mayor aprecio.

Gonzalo confiaba que la prudencia, sobriedad y robusta naturaleza de los españoles les haría triunfar de los malos efectos del clima. Fianza también en su acreditada disciplina, y en la adhesión que tenían á su persona, para esperar de ellos cuantos sacrificios pudiera exigirles. Por el contrario, lo que había observado en Barleta le hacía prever resultados muy opuestos del carácter de las tropas francesas. El suceso justificó sus esperanzas en ambas cosas.

Los franceses, que según se ha dicho ocupaban un terreno más alto y saludable á la otra parte del Garillano, tenían también la fortuna de hallar algún abrigo contra la intemperie en los restos de un espacioso anfiteatro y en algunos otros edificios que cubrían aún el lugar donde estuvo la antigua Minturnas; pero á pesar de esto la crudeza de la estación les causaba mayor estrago que á sus robustos adversarios. Todos los días enfermaban y morían multitud de ellos. Veíanse además muy estrechados por falta de víveres, á causa de la infame rapacidad de los comisarios encargados de los almacenes que tenían en Roma. En esta situación, el arrogante espíritu de los soldados franceses, dispuesto siempre á entrar en acción pronta y decisiva, pero que se impacienta por toda dilación, fué desfalleciendo bajo las penalidades de una guerra, en que los elementos eran su mayor enemigo, y en que se veían encerrados y muriendo como esclavos, sin

²⁸ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., t. 11, lib. 19, capítulo 16.—Gucciardini, cap. 188.—Crónica del Gran Capitan, Istoria, lib 6, p. 328.—Zurita, Anales, lib. 2, cap. 103.—Garibay, Compendio, tomo v, lib. 5, cap. 58.

PARTE II. poder aspirar siquiera á una muerte honorífica en el campo de batalla²⁹.

El descontento producido por estas circunstancias se aumentaba considerando los escasos resultados que habian podido lograr, con todos sus esfuerzos, cuando habian llegado á medir sus armas con los enemigos.

Su insubordinacion.

Finalmente, su descontento halló un objeto sobre quien estrellarse en la persona de su general en jefe, el marqués de Mantua, que nunca habia sido mirado con muy buenos ojos por los franceses. Acusáronle abiertamente de ineptitud y de que se hallaba en secreta inteligencia con el enemigo, insultándole con los deshonrosos epítetos con que la insolencia transalpina acostumbraba á infamar á los italianos. Ayudaban de secreto á todo esto Ivo de Alegre, Sandricourt y otros oficiales franceses, que siempre habian llevado á mal la eleccion del caudillo italiano, hasta que al cabo, éste, convencido de que no tenia prestigio alguno ni con los oficiales ni con los soldados, y no queriendo conservar el mando sobre gentes que no respetaban su autoridad, tomó ocasion de una dolencia que padecia para renunciar su cargo y retirarse repentinamente á sus estados.

Saluzzo toma el mando.

Sucedíole el marques de Saluzzo, que aunque italiano de nacimiento, como natural que era del Piamonte, habia servido por largos años bajo las banderas de Francia, en que Luis XII le habia confiado repetidas veces mandos importantes. No le faltaban energía de carácter ni conocimientos militares, pero eran necesarias fuerzas superiores á las suyas para restablecer la subordinacion en el ejército y renovar su confianza en aquella situacion extraordinaria. Los italianos, disgustados del tratamiento dado á su anterior jefe, se desertaban en gran número; el cuerpo principal de la caballería francesa, no queriendo sufrir la insalubridad de la posicion que ocupaba, se dispersó por las ciudades inmediatas de Fondi, Itri y Gaeta, dejando el terreno bajo que circundaba la torre del Garillano al cuidado de la infantería suiza y alemana. Así, al paso que el ejército español se hallaba todo á

29 Giovio, Vita Magni Gonsalvi, fol. 265.—Garnier, Hist. de France, t. v, p. 445.—Zurita, Anales, t. v, lib. 5, cap. 59.—Buonaccorsi, Diario, fol. 85.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 22.—Varillas, Histoire de Louys XII, t. 1, pp. 401, 402.

una milla del rio, bajo la inmediata inspeccion de su general, y dispuesto siempre para cualquiera operacion que fuese necesaria, los franceses estaban derramados en un espacio de mas de diez millas, en donde, sin respeto á la disciplina militar, procuraban disipar la enojosa monotonía de un campamento con todos los recreos que les ofrecian sus cómodos cuarteles³⁰.

No hay que creer, sin embargo, que no se turbara nunca el reposo de los dos ejércitos por el ruido de la guerra: hubo reencuentros con vária fortuna, y más de una vez los caballeros de las dos naciones hicieron alarde de su extraordinario esfuerzo, como lo habian hecho anteriormente en el sitio de Barleta. Los españoles acometieron por dos veces con grande empeño, y siempre en vano, la empresa de quemar el puente del enemigo; mas por otra parte consiguieron apoderarse de la fortaleza de Roca-Guillerma, guarnecida por franceses. Entre los hechos que se cuentan de valor individual, los escritores castellanos ponderan con particular satisfaccion el de su caballero favorito Diego de Paredes, el cual, con un valor desesperado y digno de D. Quijote, se presentó solo en el puente contra una partida de caballeros franceses, armados de punta en blanco, y hubiera tenido probablemente la suerte que de ordinario acompañaba á aquel famoso paladin en tales casos, si no hubiese sido rescatado por una salida de los suyos. Los franceses presentan como compensacion de esta aventura la del valeroso caballero Bayardo, que con el esfuerzo de su brazo mantuvo las barreras del puente contra doscientos españoles, por espacio de mas de una hora³¹.

A la verdad que tales hazañas se cuentan mas fácilmente con la pluma que se acaban con la espada. Con todo, haríamos injusticia á los cronistas de aquellos tiempos, suponiendo que no creian plenamente las raras maravillas que contaban. En todos los corazones se

30 Garnier, Hist. de France, t. v, pp. 440-443.—Giovio, Vitæ Illustrum Virorum, folio 264, 265.—Guicciarlini, Istoria, t. 1, lib. 6, p. 329.—Machiavelli, Legazione Prima a Roma, let. 44.—St. Gelaes, Hist. de Louys XII, pp. 173, 174. 2, cap. 106.—Mémoires de Bayard, chap. 25, apud Petitot, Collection des Mémoires, t. xv.—Varillas, Hist. de Louys XII, tomo 1, p. 417.—Quintana, Españoles Célebres, t. 1, pp. 288-290. Machiavelli, Legazione Prima a Roma, let. 39, 44.

31 Crónica del Gran Capitan, libro

PARTE II. sentia la influencia de una época novelesca, época que era á la verdad la última de la caballería, pero que con toda su mayor cultura no habia perdido nada del entusiasmo y exaltacion de sus tiempos mas felices. Todos los objetos se presentaban envueltos con cierto colorido novelesco: no habia dia en que no ocurrieran extravagancias, no solo en los sentimientos sino en los hechos, que hacian difícil distinguir los límites verdaderos de lo real y de lo imaginario. El cronista podia introducirse algunas veces inocentemente en el campo del poeta, y el poeta á veces tomar el tema para sus ficciones en las páginas del cronista. Esto era cabalmente lo que sucedia, y la musa caballeresca de Italia, que entonces llegaba á su apogeo, casi no tenia que hacer otra cosa que dar un colorido algo mas brillante á las quimeras de la vida real; los caracteres de los héroes que entonces vivian, como un Bayardo, un Paredes, un La Paliza, le presentaban desde luego los elementos de aquellas combinaciones ideales, en que con tanta gracia se reunian todas las perfecciones de la caballería³².

32 Compárense las novelas en prosa de D'Auton, del "loyal serviteur," de Bayardo, y el no menos leal biógrafo del Gran Capitan, con las poéticas creaciones de Ariosto, Berni y otros semejantes.
"Magnanima menzogna! or quando é il vero Si bello, che si possa a te preporre!"

CAPÍTULO XV.

GUERRAS DE ITALIA.—DERROTA DEL GARILLANO.—TRATADO CON FRANCIA.—CONDUCTA MILITAR DE GONZALO.

1503—1504.

Gonzalo cruza el rio.—Consternacion de los franceses.—Accion junto á Gaeta.—Es muy reñida.—Son derrotados los franceses.—Entrégase Gaeta.—Entusiasmo público.—Tratado con Francia.—Consideracion de la conducta militar de Gonzalo.—Resultados de toda la campaña.



SEMANAS habian pasado desde que los dos ejércitos se hallaban á la vista, sin que hubiera habido ninguna operacion decidida por una ni otra parte. Durante aquel tiempo el Gran Capitan habia hecho repetidos esfuerzos para aumentar su ejército, por medio del embajador español D. Francisco de Rojas¹, que debia enviarle refuerzos de Roma. Las negociaciones que llevaba tenian por principal objeto traer á su favor á los Ursinos, poderosa familia que hacia mucho tiempo alimentaba una enemiga mortal con los Colonas, que á la sazón estaban al servicio de España. Felizmente se consiguió verificar al cabo una reconciliacion entre estas nobles casas, y Bartolomé de Albiano, cabeza de los Ursinos, convino en ponerse bajo las banderas del caudillo español con tres

CAP. XV.

Gonzalo gana á su favor á los Ursinos.

¹ Sucedió á Garcilaso de la Vega, en el cargo de embajador en la corte de Roma. Oviedo dice, con referencia á la ilustre casa de Rojas: "En todas las historias de España no se hallan tantos caballeros de un linaje y nombre notados por valerosos caballeros y valientes milites como deste nombre de Rojas." Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 2, diál. 8.